



LA EXCELENCIA HUMANA:

Hombres y mujeres conscientes, competentes, compasivos y comprometidos

En 1973, el P. Arrupe escribió: «hoy en día, nuestra meta y objetivo educativo tiene que ser la formación de **hombres para los demás**; hombres que no vivan para sí, sino para Dios y para su Cristo» (*Hombres para los demás*, Valencia, 1973). **Hombres y mujeres para los demás y con los demás** se considera una expresión moderna del humanismo que la educación Jesuita ha defendido desde sus principios. Captura, resumidamente, el objetivo final de nuestros esfuerzos educativos y nuestro énfasis en una **fe que promueve la justicia**.

Veinte años después, en 1993, el P. Kolvenbach comentando la publicación del documento **Pedagogía Ignaciana: un planteamiento práctico**, ratificó el planteamiento de Arrupe y expandió su significado al explicar que «nuestro objetivo como educadores es la formación de **hombres y mujeres competentes, conscientes, y comprometidos en la compasión**» (*Carta del P. Kolvenbach sobre el Paradigma Pedagógico Ignaciano*, Roma, 1993). Estas cuatro Cs también han inspirado la renovación de la educación Jesuita en las últimas dos décadas. Muchas de nuestras escuelas han utilizado las cuatro Cs como una manera de explicar nuestra visión de educar personas integrales. Las cuatro Cs sintetizan el verdadero sentido de la excelencia tal como lo explicó el P. Kolvenbach: “máximo desarrollo de los dones y capacidades con los que cada persona ha sido dotada... para el despliegue de [estos] en el mejor servicio de los demás.” (*Eduquer des hommes et de femmes aujourd’hui dans l’esprit de Saint Ignace*, Toulouse-Purpan, noviembre 26, 1996)

Recientemente, el P. Nicolás ha hablado del significado de las cuatro Cs y de su contribución a la visión de la excelencia humana que ofrecemos a nuestros alumnos: «Estos cuatro calificativos expresan la “**excelencia humana**” que la Compañía de Jesús quiere para los jóvenes que nos confía la sociedad:

Conscientes, porque además de conocerse a sí mismos, gracias al desarrollo de su capacidad de interiorización y al cultivo de la vida espiritual, tienen un consistente conocimiento y experiencia de la sociedad y de sus desequilibrios;

Competentes, profesionalmente hablando, porque tienen una formación académica que les permite conocer con rigor los avances de la ciencia y de la tecnología;

Compasivos, porque son capaces de abrir su corazón para ser solidarios y asumir sobre sí el sufrimiento que otros viven; y

Comprometidos, porque, siendo compasivos, se empeñan honestamente y desde la fe, y con medios pacíficos, en la transformación social y política de sus países y de las estructuras sociales para alcanzar la justicia». (*Los Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús y su Responsabilidad Social: la búsqueda de un mejor futuro para la Humanidad. ¿Qué significa ser creyente hoy?*, Medellín, 2013)

El **SIPEI** (Seminario Internacional sobre Pedagogía y Espiritualidad Ignacianas), celebrado en Manresa (España) en 2014, **se centró en las cuatro Cs como pilares y trasfondo de la educación Jesuita**. Ofreció, por lo tanto, una oportunidad única para discutir a fondo el significado de cada una de las cuatro Cs y sus implicaciones en la definición de la pedagogía ignaciana/jesuita de hoy.

El Secretariado para la Educación quiere ofrecer una reflexión breve sobre cada una de las cuatro Cs, basada en los debates que tuvieron lugar en el SIPEI, con el deseo que puedan ser útiles para nuestras escuelas en su continuo esfuerzo de renovación y, al mismo tiempo, puedan ayudarlas a mantener **nuestra tradición de fidelidad creativa**.

(Original en inglés)

LA PERSONA CONSCIENTE

El P. Adolfo Nicolás en su discurso a la Asamblea de Antiguos Alumnos, en Medellín, el 15 de Agosto de 2013, definía la persona **consciente** que queremos formar en nuestros colegios, como **“aquellas personas que además de conocerse a sí mismas, gracias al desarrollo de su capacidad de interiorización y su cultivo de la espiritualidad, tienen un consistente conocimiento y experiencia de la sociedad y de sus desequilibrios”**.

En el SIPEI (Seminario Internacional de Pedagogía y Espiritualidad Ignaciana), celebrado en Manresa, en el Santuario de la Cueva de Manresa del 3 al 7 de Noviembre 2014, jesuitas representantes de toda la Compañía hemos reflexionado sobre esta cualidad y su importancia en este momento histórico.

La Compañía ha buscado desde sus comienzos en la tarea educativa prestar atención a que no faltasen en la formación de los alumnos

a) **erudito**: adquisición de conocimiento (¡no erudición!)

b) **pietas**: formación del carácter moral y personal al servicio del bien común (¡no piedad!)

Dentro de esa tarea de formar el carácter bueno, tendrá una gran importancia la formación de la conciencia. Partiendo de la consideración de **conciencia como la “habilidad intrínseca e intuitiva del individuo para discernir la rectitud y bondad de las propias acciones”**, (George Nedumattam, sj. *En Persona Consciente*; SIPEI, Manresa, Marzo 2014) afirmamos que esta conciencia puede ser educada.

Para esta educación será de **gran ayuda el trabajo hondo desde nuestra espiritualidad**. Sentirnos habitados y acompañados por Dios Padre, que nos envía su Espíritu para ayudarnos a descubrir y discernir nuestros caminos vitales, siguiendo el modelo de Jesús de Nazaret.

El Examen Ignaciano (*Ejercicios Espirituales*; Ignacio de Loyola, nº 43), como gran herramienta a redescubrir y ejercitar, nos irá dando las claves para ir eligiendo lo que más conduce a hacer de este mundo el mundo que Dios quiere: un mundo de hermanos donde nadie pase necesidad. Y aprenderemos que cada uno tenemos la posibilidad de, cada día, aportar lo que esté de nuestra parte para conseguirlo.

Esta persona consciente se sentirá llamada a mirar el mundo, la realidad, con los ojos de Dios, descubriendo la bondad y la belleza de la creación y de las personas; pero también los lugares de dolor, miseria e injusticia. De esa contemplación, surgirá el agradecimiento por tanto bien recibido; y de ese agradecimiento, el deseo de comprometerse a ser agente de cambio.

En este tiempo que nos toca vivir, **tendremos que cuidar los tiempos que dedicamos en nuestros currículos a mirar el mundo y ayudar a mover afectos**; el tiempo que dedicamos a acompañar las mociones que puedan ir surgiendo en nuestros alumnos y las propuestas de modelo que desde nuestro ser educadores les testimoniamos y presentamos.

Todo ello ayudará a que nuestros alumnos vayan construyendo su proyecto vital, que les ayude a tener un horizonte de vida, que ilumine sus elecciones de estudio, trabajo, familia, compromiso social...

Para poder conseguir todo esto, **será necesario promover una la creatividad en nuestro trabajo educativo para proponer nuevos modos de aprendizajes**, que permitan conocer más y mejor la realidad, analizarla y buscar modos de contribuir a generar nuevos hábitos personales, nuevas formas organizativas y la felicidad y la justicia para todos, generará una nueva sociedad mejor, según el sueño de Dios.

Así, seremos fieles a nuestra misión. Y tendrá sentido y justificación la existencia de los Colegios de la Compañía.

(Original en Español)

LA PERSONA COMPETENTE

«**Competentes**, profesionalmente hablando, porque tienen una formación académica que les permite conocer con rigor los avances de la ciencia y de la tecnología». (P. Nicolás, Medellín, 2013)

Como nos indica el Padre Nicolás, las cuatro Cs manifiestan la excelencia humana que queremos compartir con nuestros estudiantes. Hay que considerar las cuatro Cs conjuntamente, aunque cada una se refiera a una dimensión específica de nuestra visión educativa. En el caso de la **persona competente**, se refiere a la dimensión académica tradicional que conduce al conocimiento sólido, al desarrollo adecuado de habilidades y destrezas para alcanzar un rendimiento profesional efectivo y satisfactorio que pueda contribuir a la realización humana. «*Un alumno competente es el que es capaz de interactuar con la realidad, es un alumno al que la educación le ha preparado para asombrarse, para hacerse preguntas y para poder plantear y resolver problemas, es decir, es una persona que ha aprendido para la vida*». (Montserrat del Pozo, *La Persona Competente*, SIPEI 2014). Así según la visión ignaciana no se puede ser una persona competente sin relacionarse con el mundo. Y así tendría que ser. La persona competente tiene que involucrarse con la vida para aprender de ella y, a la vez, transformarla.

La declaración final de SIPEI define la **persona competente como «alguien capaz de crear, entender y utilizar el conocimiento y las habilidades para vivir en su propio contexto y transformarlo**; Es capaz de formar parte de un mundo cambiante y diverso, creando un proyecto de vida para los demás y con los demás. Es capaz de desarrollar las habilidades intelectuales, académicas, emocionales y sociales necesarias para la realización humana y profesional». (SIPEI, 2014)

Como dice la declaración final del SIPEI, preparar a estudiantes competentes significa que la **educación ignaciana se compromete con un proceso de renovación pedagógica continuo** que ayuda a los alumnos a llegar a un dominio satisfactorio de conocimientos y habilidades. ¡Esto sí que es un **modelo centrado en el alumno**! Este proceso continuo de renovación, fiel a nuestra tradición, tiene que ser capaz de incorporar nuevas prácticas pedagógicas más adecuadas a nuestra visión. Claro está, preparar a personas competentes hoy en día requiere no sólo la renovación de nuestra pedagogía, sino también la renovación de nuestras aulas, nuestra manera de organizar las escuelas y nuestro currículo (hasta donde nos lo permite la legislación de cada país) para que **nuestro modo de educar esté de acuerdo con nuestra visión**, los requerimientos del

siglo XXI y **nuestra tradición ecléctica de combinar las mejores prácticas al servicio de nuestra misión**. El PPI (Paradigma Pedagógico Ignaciano) nos propone el **estilo** de tal cambio, pero requiere no la substitución, sino la incorporación de pedagogías y metodologías actuales que puedan implementar la clase de renovación que necesitamos en nuestras escuelas.

Así, en el contexto educativo actual, para educar a alumnos competentes necesitamos una escuela capaz de adaptarse a las diferencias individuales, culturales y sociales y encontrar la mejor manera de acompañarles en su desarrollo. Evidentemente, esto supone la **disposición a aprender y un compromiso con la educación** por parte de los alumnos. También requiere **un educador entendido como facilitador, guía, tutor y entrenador** y no la educación centrada en el profesor como se nos proponía en el pasado.

Hay que recordar que un alumno competente, en el contexto de la excelencia humana, es muy consciente de que **ser competente quiere decir ser capaz de trabajar y prosperar con los demás** y que el carácter competitivo de algunos estilos pedagógicos actuales es un obstáculo para la competencia que hemos descrito.

(Original en inglés)

LA PERSONA COMPASIVA

“Compasivos, porque son capaces de abrir su corazón para ser solidarios y asumir sobre sí el sufrimiento que otros viven.” (P. Nicolás, Medellín, 2013)

La persona compasiva es capaz de evolucionar desde sentimientos de caridad y compasión hacia un sentido de justicia y solidaridad, que favorezcan su contribución a cambiar las estructuras sociales injustas del mundo en el que vive.

La pedagogía ignaciana combina procesos reflexivos y una postura activa contra las desigualdades y el dolor ajeno, desde el clásico círculo presentado en el PPI (Paradigma Pedagógico Ignaciano) de Experiencia, Reflexión y Acción. La compasión no implica, sencillamente sentir lástima por un individuo o un grupo de personas. **La compasión es un prerrequisito para la acción positiva. Reconoce la dignidad humana y el valor de la persona** que, por el sencillo hecho de nacer, es amada profundamente por Dios.

La educación jesuita promueve experiencias y vivencias, que impulsen a los alumnos a ponerse en el lugar del prójimo, del marginado. **Nuestra referencia educativa de la persona compasiva es la figura de Jesús, desde su vertiente más humana y más comprensiva con nuestras debilidades, pero más consecuente con la denuncia y la injusticia.**

El P. Peter-Hans Kolvenbach (*La Pedagogía Ignaciana: un planteamiento práctico*. Villa Cavalletti, 1993) y el P. Adolfo Nicolás han impulsado en diversos textos la reflexión de la educación jesuita para promover personas compasivas en el contexto de la globalización que domina el mundo desde finales del siglo XX. Se hace necesario que la pedagogía ignaciana actualice la educación de una persona “capaz de compasión”, porque la **“globalización de la solidaridad ciertamente necesita hoy que no solo vayamos y estemos en la frontera de la universalidad, sino que habitemos (...) las fronteras de la profundidad”** (Margenat, J, *Competentes, conscientes, compasivos y comprometidos*, PPC, 2010). No es suficiente con ser consciente de la realidad de injusticia y violencia del mundo, sino que **debemos educar en el compromiso por colaborar en la transformación de esas realidades**. Se trata del Humanismo Social que explica el P. Kolvenbach **como la traducción específica del humanismo jesuítico al desafío del humanismo cristiano en nuestro tiempo.**

En palabras del P. Peter McVerry (*Persona Compasiva*. SIPEI. 2014) “El primer paso es darles (a los alumnos) la oportunidad de conocer y hacer amistad con los pobres y marginados”. Y añade que “la experiencia es una condición necesaria para crear estudiantes compasivos, pero no es suficiente. Tienen que reflexionar sobre esta experiencia dentro del contexto de la escuela y del currículum en reflexión y debate permanente con sus referentes educativos.” El reto de la educación jesuita se centra en la creación de un contexto de escuela compasiva.

La compasión que lleva a la solidaridad debería movernos a sacudir las estructuras de nuestras escuelas, de modo que educadores y alumnos podamos llegar a ser agentes de cambio, para colaborar en el sueño de Dios.

(Original en Español)

LA PERSONA COMPROMETIDA

«Comprometidos, porque, siendo compasivos, se empeñan honestamente y desde la fe, y con medios pacíficos, en la transformación social y política de sus países y de las estructuras sociales para alcanzar la justicia». (P. Nicolás, Medellín, 2013)

Como nos dice claramente el P. Nicolás, ser comprometido está inseparablemente asociado a ser compasivo.

La **Declaración final de SIPEI** define a la persona comprometida diciendo: **«La persona comprometida es una persona de acción valerosa. A través de nuestra apertura hacia la guía del Espíritu y la compañía con Jesús, él o ella podrá discernir las necesidades más urgentes de nuestros tiempos, para que nuestras maneras de servir sean tan ricas y tan profundas como nuestras maneras de amar. Constatamos que un compromiso ecológico para la reconciliación y sanación de la tierra, junto con el compromiso hacia la justicia social, son necesidades urgentes en la medida en que afectan a todas las personas del planeta».**

El P. Carver identificó nuestra necesidad de un compromiso significativo con el medio ambiente como una **«necesidad urgente de nuestros días»** (*Persona Comprometida*, SIPEI, Manresa, 2014). El SIPEI nos recordó apropiadamente que como red global, las escuelas Jesuitas todavía no han dado una respuesta adecuada a este llamamiento hecho en las Congregaciones Generales del pasado. **Este llamamiento exige a nuestras escuelas que trabajen cada vez más como red global para responder a un reto que, en sus raíces, impacto y solución, es realmente global.** Cuidar del medio ambiente impulsará nuestras escuelas a trabajar estrechamente y de manera global.

Este compromiso esencial con la ecología no se puede entender como la debilitación o la substitución de una fe que promueve la justicia. Al contrario, se tiene que entender como una parte integral de este servicio.

La educación de la persona comprometida según la perspectiva ignaciana requerirá que nuestras escuelas ofrezcan a los alumnos **experiencias transformadoras para ayudar a formar corazones y mentes expansivos, y personas realmente solidarias** con todos los que sufren, los desfavorecidos y los oprimidos. Estas experiencias, informadas por los valores del evangelio, tendrían que llamar a las escuelas Jesuitas/Ignacianas a reflexionar profundamente sobre cómo educamos, por qué educamos, y qué importancia tiene crear y mantener estructuras educativas, currículos y entornos que

encarnen el tipo de compromiso que queremos ver en nuestros alumnos: **tenemos que educar con el ejemplo.**

(Original en inglés)

Preparado por el Secretariado de Educación
Compañía de Jesús
Roma
Febrero de 2015